



Ahora bien, señores: sin detenernos á otras reflexiones yo os pregunto; ¿podré aplicar estas mismas espresiones á Jesucristo crucificado en el día que celebráis vuestra fiesta anual, dirigida á tributarle solemnes cultos en esa su sagrada imágen de la Salud? Con solo que pareis vuestra consideracion en el objeto de la venida del Verbo á tomar nuestra humana naturaleza, y contempleis el motivo y fin de su pasion y dolorosa muerte, convendreis conmigo en que las espresiones que he tomado del Génesis, para formar sobre ellas el discurso no solo esplican toda la bondad y misericordia del Salvador de la humanidad, sino que tambien nos demuestra toda nuestra felicidad.

Con muchos y diversos títulos celebra la piedad cristiana las imágenes del Salvador: llamándole en una parte Cristo del amor, se proponen los fieles tener siempre presente para escitar su gratitud, el que nos tuvo el Salvador, que fué tal que le obligó á morir en una cruz por redimirnos. Invocándole en otras con el título de la Esperanza, tienen por objeto hacer comprender á sus sucesores que no en los bienes caducos y perecederos, que no en los honores que hoy son y mañana desaparecen, debe el hombre fundar su esperanza, sino solo en Jesucristo, único que nos ofrece en premio de las virtudes bienes eternos que no corrompen la polilla y el moho. Aquí le veo llamar señor de la Buena muerte; allí Cristo del Consuelo; ora le oigo invocar con la advocacion de la Veracruz, ora con la del Amparo. Empero por mas que estos y otros muchos títulos le convengan al Salvador de las naciones, me parece que ninguno declara tan de lleno el objeto de su venida y de su muerte como el de la Salud, con que vosotros le venerais, porque ¿á qué vino al mundo

Jesucristo nuestro Señor? Es constante que á redimirnos y á darnos la salud con sus tormentos é ignominiosa muerte. ¿Qué nos dice á esto la Iglesia? «Que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del cielo (1).» Luego si el título precioso de la Salud declara el motivo de la venida de Jesucristo, yo creo que le es el mas adecuado, y creo poderos decir en su nombre con mas motivos que José á sus hermanos. *Pro salute enim vestra missit me Deus in Ægyptum.* Por vuestra salud me envió Dios delante de vosotros al Egipto.

Propongamos. Jesucristo muriendo en la cruz nos alcanzó con el precio de su preciosa sangre la salud de nuestras almas: *Primera parte.* Jesucristo por tal beneficio y los muchos mas que nos dispensa, exige de nosotros tiernos homenajes de fé y de gratitud. *Segunda parte.*

Dulcísimo Jesus mio: por mas que el gentil se escandalice de veros pendiente de la cruz, y no os quiera reconocer de ese modo por Dios, nosotros al miraros os reconocemos aunque clavado en ese madero santo por el Rey inmortal de los cielos y de la tierra, que trastorna los planes de los hombres, que mudais segun vuestra voluntad soberana los humildes vestidos del pastor en la régia púrpura de Israel, os reconocemos y adoramos aunque muerto en el patíbulo de los criminales como al Hijo Unigénito de Dios, como un Dios con el Padre y el Espíritu Santo. Para que yo pueda llenar dignamente mi ministerio en esta mañana, y escitar los corazones de mis oyentes á vuestro amor, dignaos concederme vuestros especiales auxi-

(1) Sim. Apost.

lios. Os lo pido con todo este cristiano auditorio por la intercesion de la Santísima Virgen María, á la que en prueba del amor que la profesamos, la repetimos la salutacion angélica. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Cuando la Iglesia nuestra Madre pone á nuestra vista la imágen de Cristo crucificado, es para recordarnos que á El debemos la salud de nuestras almas, y para que esta consideracion sea un dique que contenga nuestros desórdenes y ataje el torrente de nuestros vicios y pasiones. Soberbios del mundo, impíos y libertinos, herejes presuntuosos que cerrais vuestros ojos por no presenciar el espectáculo del Calvario, que os recuerdan las imágenes de Cristo crucificado, deteneos por un momento, y á vista de ese libro abierto considerad vuestro origen, el motivo del envilecimiento de vuestra naturaleza, y el sugeto á quien debeis vuestra salud y vuestra libertad. El origen del hombre no puede ser mas sublime: criado por Dios á su imágen y semejanza, adornado con un alma racional, fué constituido rey de la naturaleza: no conocia la necesidad, ni afligirle podia el rigor de las estaciones. ¡Todo para el hombre!... Todo sugeto á su dominio!... ¿Y podremos nosotros comprender tanta felicidad y dicha? ¿Pero quién duda que no obstante haber recibido tantas gracias del Omnipotente, debia rendir homenaje de veneracion y respeto á su Hacedor Supremo, obedeciendo sus mandatos? ¿Quién podia hacer olvidar al hombre su dependencia del Criador?

¿Quién?... ¡Mas ay! El ángel rebelde, el infeliz que rebelándose contra el Dios á quien debiera la escelencia de su sér, habia arrastrado tras sí al abismo de la perdicion á una gran parte de los ángeles. Este fué el que valiéndose de la serpiente, hizo á Eva quebrantar el único precepto impuesto por el Señor, y ella á su vez hizo delinquir á Adan.

No observéis al Criador contemplando gozoso las obras de sus manos, ni tampoco busqueis á Adan tranquilo en el Paraiso. El ha conocido su desnudez, que antes no habia echado de ver; su mismo delito le avergüenza, y se esconde tras los arbustos del jardin de Eden, por si evitar pudiera los rayos del sonido de la voz de su Dios. ¿Dónde está ahora, desgraciado Adan, tu grandeza y tu poder? ¿Qué herencia es la que preparas para tu dilatada generacion? ¡Ah! que los gritos de placer que resuenan en las mazmorras infernales me hacen conocer que con tu delito nos has aprisionado con duras cadenas al terrible carro del demonio. ¡Peció la humanidad!... ¡Se ha perdido el hombre para siempre!... Pero no: si bien en el Paraiso encontró la muerte, en el mismo lugar oigó la voz de Dios, que le ofrece la salud y la vida. La ofensa era infinita? ¿Y quién podrá dar al Hacedor una satisfaccion infinita? Registremos nosotros las páginas del Testamento antiguo. Acaso Abraham que por su fé mereció ser padre de una dilatada posteridad; ó Elias, ese profeta de fuego que destruyó las aras de los falsos dioses é hizo temblar á los mismos reyes; ó David, ese jóven cortado á la medida del corazon de su Dios, ó bien será... pero dejémonos de metáforas, pues que Dios solo era el que podia satisfacerse á sí mismo, y por eso determinase en los altos consejos de la Trinidad

augustísima, que el Verbo tome carne, y revestido de nuestra humana naturaleza ofrezca á su Eterno Padre el gran sacrificio, que habia de reconciliarle con el hombre. Desde entonces todos los sacrificios que se ofrecieron á Dios en la ley natural y en la escrita, eran figuras y representacion del sacrificio del Calvario, del que pendia la salud de la humanidad. La sangre de las víctimas sacrificadas por los sacerdotes no era otra cosa que una representacion de la de valor infinito que habia de verterse en el Calvario, llegada la hora determinada por el Escelso; y esta hora, la hora de nuestro rescate, la hora en que debian quebrarse nuestras cadenas, era anunciada por los profetas y suspirada por los justos y patriarcas.

Empero atravesemos con la consideracion muchos siglos, y fijémonos en la época feliz en que Jesucristo aparece entre nosotros para darnos la salud. ¿Y cómo nos la dá? Oídlo de labios de Isaías, que lo habia declarado á través de los tiempos. «Tomando sobre sí nuestras enfermedades y cargando con nuestros dolores (1).» Y yo os pregunto, mis hermanos, ¿qué hubiera sido de nosotros, si Jesucristo no hubiese aceptado la obra de la redencion? ¿Quién nos hubiese concedido la salud? ¿Dónde hubiésemos hallado quien nos reconciliase con el Eterno? En ninguna parte, pues que Jesucristo que lo hizo, fué el único que podia hacerlo. Y lo hizo en efecto, sufriendo los mayores ultrajes y los mas crueles tormentos, hasta espirar en el patíbulo de los delincuentes.

Fijad, cristianos, vuestra vista en esa hermosa imágen, objeto continuo de vuestra constante devo-

(1) Vere languores nostros ipse, tulit, et dolores nostros ipse portavit Isai. cap. LIII, v. 4.

cion. Miradle bien y decidme qué veis que os dé á comprender su divinidad y grandeza. Cubierto de llagas, hecho un varon de dolores, crucificado en ese madero, la cabeza inclinada sobre su pecho, todo os presenta mas bien el aspecto y retrato de un malhechor, que la imágen de aquel que en las alturas es aclamado tres veces Santo por los espíritus celestiales y recibe las adoraciones de los bienaventurados. Echad una rápida ojeada por todos los acontecimientos de su pasion y muerte: al verle azotado y escupido, coronado de espinas, cubierto con la túnica de los dementes, insultado en los tribunales, presentado al pueblo en el balcon de Pilato; y en suma, crucificado en un madero, vuestra fé os hará reconocerle y confesarle como vuestro Dios, y el gentil os preguntará al oír esta confesion de vuestros lábios. Cómo ¿á este confesais por vuestro Dios y está crucificado? Pues decidme, ¿dónde estan sus ángeles? ¿dónde el trono de su magestad y su grandeza? ¿Es su trono esa cruz donde está apriisionado con duros clavos? ¿Es su corona esa ensarta de espinas que le taladran sus sienes? ¿Y su cetro? ¿Es tal vez la caña que le pusieron en sus manos? Pero vosotros, cristianos, aleccionados por la fé contestareis; sí, ese es nuestro Dios, y si se humilló de tal modo, si se abatió hasta el extremo de morir en esa cruz, fué para darnos pruebas del amor que nos profesa, pues no de otro modo, no por otro camino que por las humillaciones y desprecios de Jesucristo podiamos alcanzar la salud que perdimos por el pecado. Si lo dudais, gentiles ó herejes presuntuosos, si no creéis en los misterios que encierra su pasion y muerte, si dudais que pueda ser Dios por verle en la cruz, decidme: ¿qué significó el eclipse del sol, el sacudimiento